



Wang Xiaobo

La edad de oro

Traducción del chino de Miguel Sala Montoro



Durante los primeros años de la Revolución Cultural el protagonista Wang Er es destinado a una brigada de Trabajo en la fronteriza provincia de Yunnan. Allí conoce a la joven médico Chen Qingyang, con la que inicia una relación adúltera que les lleva a huir a las montañas durante varios meses. Tras volver a la brigada son obligados a escribir una interminable confesión y a participar en sesiones de acusación pública en las que son humillados repetidamente. Cuando todo termina, ambos son enviados de vuelta a sus lugares de origen y no se vuelven a ver hasta veinte años más tarde, cuando se encuentran por casualidad en un parque de Pekín. Esa noche, en una habitación de hotel, recuerdan viejos tiempos e intentan dilucidar y dar conclusión a su particular historia de amor.

1

Cumplí veintiún años estando en Yunnan, donde había sido enviado a una brigada de trabajo. Chen Qingyang tenía veintitrés años. Era la médica de la brigada quince situada en la parte alta de la colina, yo estaba en la catorce colina abajo, y un día bajó para discutir conmigo lo de si era o no una golfa. En aquel momento no la conocía mucho, pero digamos que sabía algo. «Para ser una golfa hay que acostarse con los hombres de otras y yo no me he acostado con nadie desde que mi marido entró en la cárcel hace ya más de un año; y antes tampoco. Por eso, no entiendo por qué todos me llaman golfa», explicó. Habría sido fácil consolarla aplicando simplemente la lógica: si había robado el hombre de otra, ¿dónde estaba dicho hombre? Sin pruebas, el argumento se caía por su propio peso. Sin embargo, no fue eso lo que dije; al contrario, afirmé que sin duda era una golfa.

Chen Qingyang vino a buscarme un rato después de haber estado en su enfermería. Todo porque el jefe de la brigada me había puesto a plantar arroz en vez de mandarme a arar los campos y me pasaba la mayor parte del tiempo agachado. Los que me conocen saben que tengo mal la espalda –además, mido más de 1,90 metros–, por lo que al cabo de un mes no podía soportar el dolor y casi todos los días tenían que pincharme calmantes para poder dormir. En nuestra enfermería todas las agujas estaban descascarilladas y dobladas, y cada vez que me pinchaban me arrancaban trozos de piel; tenía las lumbares como si me hubieran

disparado con una escopeta de perdigones y las heridas no terminaban nunca de curarse. Entonces recordé que la médico de la brigada quince había estudiado en Pekín y pensé que seguramente sabría distinguir el ganchillo de las agujas hipodérmicas. Decidí probar suerte. Sin embargo, no había pasado ni media hora desde que había vuelto de su enfermería, cuando Chen Qingyang se presentó en mi habitación para demostrar que no era una golfa.

No despreciaba en absoluto a las golfas, más bien al contrario: «Tienen buen corazón, ayudan a los demás y tratan siempre de no decepcionar», decía. En cierto sentido, incluso las admiraba. Pero la cuestión no era si las golfas eran buenas o no, sino que ella para nada lo era. Igual que si alguien llama perro a un gato a este no debe hacerle ninguna gracia, le sacaba de quicio que todos la llamaran golfa, hasta el punto de que ya no sabía ni quién era.

Vino a mi cabaña vestida igual que en la enfermería, con una simple bata blanca de la que sobresalían sus cuatro extremidades desnudas, si bien ahora calzaba unas sandalias y se había recogido el pelo con un pañuelo. Intenté imaginar qué llevaba debajo. ¿Llevaría algo? Esto demuestra que Chen Qingyang era muy guapa y no se preocupaba en absoluto de si llevaba o no ropa debajo de la bata. Dije que, en efecto, era un golfa, y le di varias razones: «La palabra golfa es una denominación. Si todos dicen que eres una golfa, entonces lo eres y no hay nada que se pueda argumentar. Igualmente, si todos dicen que has robado los hombres de otras, es que lo has hecho y tampoco se puede objetar nada. Respecto a por qué todos dicen que eres una golfa, en mi opinión es porque la gente en general piensa que si una mujer casada no se acuesta con los hombres de otras, entonces debe de tener la piel oscura y las tetas caídas. Tú no tienes la piel oscura, sino blanca, y tus tetas no están caídas, sino todo lo contrario, por lo que necesariamente tienes que ser una golfa. Y si no quieres serlo, sólo tienes que conseguir tener la piel oscura y las tetas caídas y

ya nadie dirá nada. Como imagino que no estás dispuesta a realizar semejante sacrificio personal, lo único que puedes hacer es acostarte con los hombres de otras. De esta forma, te puedes considerar golfa y los demás ya no tienen que preocuparse de saber si vas por ahí robando maridos para decidir cómo han de llamarte; al contrario, tienes la obligación de recordarles que ya no tienen derecho a decirte golfa». Tras escucharme, se puso roja de rabia y parecía a punto de darme una de sus famosas bofetadas. Sin embargo, al momento pareció desinflarse. «Está bien. Si quieren golfa, pues golfa. Pero lo de la piel oscura y las tetas caídas no es asunto tuyo. Y si le sigues dando muchas vueltas es muy posible que te acabes llevando una bofetada».

Todavía recuerdo la escena de aquella conversación, hace ya más de veinte años. Tenía el pelo enmarañado, la cara reseca y amarillenta, los labios cortados con restos pegados de tabaco, y vestía mi viejo uniforme militar lleno de agujeros remendados con trozos de esparadrapo. Sentado de piernas cruzadas sobre el camastro de madera tenía toda la pinta de un canalla. Te puedes imaginar las ganas que le entraron a Chen Qingyang de soltarme una bofetada tras oírme hablar de sus tetas. Estaba un poco neurótica, pero en realidad era porque todos acudían a su enfermería sin estar enfermos; no iban a ver a la doctora, sino a la golfa. Yo era la excepción. Tenía las lumbares como si Zhu Bajie^[1] me hubiera pegado dos coces. Aunque me hubiera inventado los dolores, los agujeros de mi espalda eran motivo suficiente para justificar mi visita. De hecho, fueron aquellos agujeros los que hicieron concebir a Chen Qingyang la esperanza de que quizás a mí podría demostrarme que no era una golfa. Que una persona lo reconociese no era igual que nadie lo hiciese. Sin embargo, terminé decepcionándola.

En realidad, no era tan fácil demostrarlo y sólo podía demostrar lo que no necesita ser demostrado. En primavera, un día el jefe de la brigada vino a verme diciendo que

yo había dejado ciega del ojo izquierdo a su perra y que ahora cuando miraba giraba excesivamente la cabeza igual que una bailarina de *ballet*. A partir de ese momento, empezó a buscarme problemas. Tras pensar en ello detenidamente, llegué a la conclusión de que si quería demostrar mi inocencia debía ser cierta alguna de las siguientes afirmaciones:

1. Mi jefe no tenía una perra.
2. A la perra le faltaba el ojo izquierdo de nacimiento.
3. Yo no tenía brazos y por lo tanto no tenía forma de coger un arma ni disparar.

Ninguna de las tres se sostenía en pie. Efectivamente, el jefe de la brigada tenía un perro hembra de color marrón cuyo ojo izquierdo había resultado fatalmente dañado tras ser golpeado con un objeto contundente, por supuesto, después de haber nacido; y yo, no sólo tengo capacidad para coger un arma y disparar, sino que además lo hago con gran puntería. No hacía mucho, Luo Xiaosi me había prestado un rifle de aire comprimido con el que maté una rata de al menos un kilo que andaba por el granero disparándole un haba seca de soja verde. Claro que en nuestra brigada había muchos con buena puntería, entre ellos Luo Xiaosi. El rifle era suyo, y es más, cuando dejó ciega a la perra del jefe yo estaba a su lado. Pero no podía delatarle, nos llevábamos muy bien. Además, si el jefe no hubiese tenido sus razones para exculparlo públicamente, no me habría elegido a mí como chivo expiatorio. Por eso no dije nada; y no decir nada es consentir tácitamente. Después, al llegar la primavera me envió a los campos de arroz donde mi figura se recortaba en el paisaje como un poste de luz doblado, y durante la cosecha me mandaba todos los días a pastar los búfalos para evitar que comiera caliente. Por supuesto, no se puede decir que todo aquello no me importara. Un día que estaba en la montaña y justamente llevaba

conmigo el rifle de Luo Xiaosi, casualmente pasó por allí la perra del jefe. De un disparo la dejé ciega del ojo derecho. Pensé, ciega del ojo izquierdo y del ojo derecho no va a poder volver corriendo a los brazos de su dueño... Dios sabe dónde acabó la pobre.

En aquella época, aparte de subir a la montaña a pastorear los búfalos, me pasaba el resto del tiempo tirado en mi habitación. Tenía la impresión de que nada tenía que ver conmigo. Entonces, un día Chen Qingyang vino a verme de nuevo diciendo que se había extendido el rumor de que estaba golfeando conmigo y me pidió que lo desmintiera públicamente. Tras reflexionar un instante, respondí que para demostrar que entre nosotros no había nada era suficiente con que fuera cierta alguna de las siguientes proposiciones:

1. Chen Qingyang era virgen.
2. Yo era incapaz sexualmente.

Como ambas eran difíciles de justificar y no había forma de rebatir las acusaciones, expliqué que me inclinaba más por demostrar lo contrario. Tras escucharme, Chen Qingyang se puso lívida y a continuación se ruborizó de pies a cabeza. Después, se levantó sin decir nada y desapareció por la puerta.

Chen Qingyang dijo que desde el principio me había comportado como un canalla. La primera vez que vino a pedirme que demostrara que no era una golfa, yo había puesto cara de póquer y no había dicho más que tonterías. La segunda vez me pidió que demostrara que no había nada entre nosotros, y yo en cambio sugerí muy en serio que debíamos acostarnos. Por eso, había decidido que tarde o temprano iba a darme una bofetada. Si hubiera sabido que tenía esa idea, probablemente no habría ocurrido lo que terminó pasando después.

[1]. Personaje con cuerpo de cerdo, uno de los protagonistas del clásico de la literatura china *Viaje al Oeste*.

2

El día que cumplí veintiún años estuve pastoreando los búfalos junto al río y por la tarde decidí echarme una cabeza sobre la hierba. Antes de dormir me cubrí con varias hojas grandes de plátano, pero cuando desperté habían desaparecido; no sé, quizás se las comieron los búfalos. El sol de justicia de la estación seca se había ensañado conmigo, me ardía todo el cuerpo y mi cosa tiesa apuntaba hacia arriba más grande y dura que nunca.

El cielo era increíblemente azul y en lo alto el sol brillaba con fuerza y me deslumbraba. Cuando me incorporé, de mi cuerpo se desprendió una capa de tierra fina como polvos de talco. Quizás fue la soledad de aquel lugar desierto y apartado, pero jamás he tenido una erección tan fuerte como la de aquel día.

Me levanté para ver cómo estaban los búfalos y vi que seguían tendidos junto al río masticando hierba tranquilamente. Había un gran silencio y sobre los campos flotaba una suave brisa blanquecina. Cerca de la orilla, varios búfalos del pueblo habían empezado a pelear; tenían los ojos inyectados en sangre, los testículos prietos y el miembro tieso. Los nuestros nunca peleaban, y ni siquiera se inmutaban aunque los provocaras. Para evitar que se hicieran daño entre ellos y no pudieran salir a trabajar en primavera, los habíamos capado a todos.

Había estado presente todas las veces. En general era suficiente con un simple corte, pero a los mejor dotados había que hacerles la operación: se abría el escroto, se sa-

caban los testículos y a continuación se hacían picadillo con una tabla de madera. Después, los búfalos capados se dedicaban únicamente a comer y trabajar, y no se preocupaban en absoluto de nada más; ni siquiera hacía falta atarlos para sacrificarlos. «Tendría que sacaros esos huevos de toro que tenéis y darles un buen martillazo. Así estaríais más tranquilos», decía siempre el jefe. Para él, la cosa roja, recta y larga que teníamos entre las piernas era la personificación del mismísimo diablo.

Claro que yo no opinaba lo mismo. Bajo mi punto de vista esa cosa era infinitamente importante, tanto como mi propia vida. Había empezado a oscurecer y en el cielo flotaba perezoso un grupo de nubes con la parte inferior en sombra y la superior iluminada todavía por los últimos rayos del día. Acababa de cumplir veintiún años y me encontraba en la edad de oro de mi vida. Tenía grandes esperanzas. Deseaba amar, disfrutar y convertirme de repente en una de esas nubes medio iluminadas y medio en sombra. Más tarde comprendí que la vida consistía simplemente en recibir golpes, hacerse viejo y perder poco a poco las esperanzas, igual que los búfalos capados a martillazos. Pero aquel día no tenía forma de imaginarlo. Pensaba que iba a ser siempre fuerte y que no había en el mundo martillo lo suficientemente grande para derribarme.

Esa noche había invitado a Chen Qingyang a cenar pescado y todavía tenía que conseguir uno. Ya eran más de las cinco cuando me acordé de la presa que había construido por la mañana. De camino, antes de llegar al lugar donde el río describía un pequeño recodo, me crucé con dos niños *jingbo*^[1] enzarzados en una pelea. Se estaban lanzando puñados de barro, y yo también me estaba llevando unos cuantos. No pararon hasta que agarré a los dos por las orejas.

—¡Chavales! ¿Dónde están mis peces? —pregunté enfadado.

–Todo es culpa del idiota de Le Nong. Se ha sentado en la presa y al final se ha roto y se ha caído –dijo el mayor de los dos, Le Du.

–¡Wang Er, tu presa no era tan fuerte como las mías!
–gritó Le Nong.

–¡Chorradas! Esta vez he mezclado mucha hierba con el barro. ¿Te atreves a dudarlo?

Efectivamente, no sé si por culpa de Le Nong o porque realmente no la había construido bien como decía, la cuestión es que la presa se había roto, había entrado el agua y se habían escapado todos los peces. Todo el trabajo de un día a la basura. Por supuesto, no podía reconocer mi error y seguí maldiciendo a Le Nong con ayuda de Le Du, que también había empezado a insultarle. Al final Le Nong explotó, dio un brinco y empezó a gritarnos.

–¡Wang Er! ¡Le Du! ¡Llamad a quien queráis que se lo voy a decir a mi padre y os va a coser a balazos con su escopeta! –dijo, y se enfiló rápidamente hacia la orilla con intención de escabullirse.

De un salto, lo agarré del cuello y lo empujé hacia abajo reteniéndolo.

–¿Te crees que te vamos a llevar los búfalos nosotros? Ni lo sueñes, renacuajo –grité.

Entonces se puso a berrear e intentó morderme. Rápidamente lo sujeté contra el suelo separándole los brazos, y a continuación empezó a echar espuma por la boca y a increparme en mandarín, en su dialecto y en el resto de idiomas que conocía. Ya había empezado a responderle en pekinés barriobajero, cuando de pronto dejó de gritar y en su rostro se dibujó una grave expresión de admiración. Siguiendo la dirección de sus ojos, enseguida adiviné el motivo: me había empalmado de nuevo.

–¡Se quiere follar a tu hermana! –dijo Le Nong dirigiéndose a Le Du.

Inmediatamente le solté y fui a ponerme los pantalones.

Todas las noches encendía una lámpara de gas en la caseta de la bomba para avisar a Chen Qingyang de que podía bajar a verme. Aparecía siempre de repente y me contaba lo aburrida que estaba y lo injustamente que era tratada por todos. Ese era su mayor pecado, que se consideraba totalmente inocente. Todos somos perezosos por naturaleza y tendemos a dejarnos vencer por la lujuria, y pretender lo contrario es el más falso de los pecados, peor incluso que las propias pereza y lujuria. A Chen Qingyang le encantaba escucharme decir ese tipo de cosas. Siempre parecía de acuerdo, pero nunca pasábamos de ahí.

Aquella noche dejé la lámpara junto al río, pero tardaba mucho en venir. Ya eran más de las nueve cuando escuché gritar frente a la cabaña: «¡Wang Er, canalla! ¡Sal ahora mismo!».

Chen Qingyang se había arreglado mucho, iba toda de blanco, pero viendo la expresión de su cara no parecía de muy buen humor. «¿No me ibas a invitar a cenar pescado?», preguntó. No tuve más remedio que reconocer que el pescado debía estar todavía nadando en el río. «Bueno, pues aún me debes una conversación», añadió impaciente. Entonces le dije si quería pasar a la habitación para seguir hablando. «¿Por qué no?», respondió, y se dirigió hacia la puerta. Estaba realmente furiosa.

El día de mi veintiún cumpleaños pensaba seducir a Chen Qingyang porque era mi amiga y porque tenía las tetas grandes, la cintura estrecha y un culo perfecto. Además, su cuello era largo y proporcionado y era guapísima. Deseaba hacerlo con ella y creía que no tenía motivos para rechazarme. Si hubiera querido usar mi cuerpo para abrirme en canal y practicar anatomía, se lo habría ofrecido sin dudar. ¿Por qué no iba a dejarme ella el suyo? El único problema era que se trataba de una chica, y las chicas siempre son un poco remilgadas. Necesitaba inspirarla. Entonces decidí hablarle sobre mi concepto de la lealtad.

En mi opinión, la lealtad es ese tipo de amistad que se da entre grandes hombres. Los personajes de la novela *A la orilla del agua*^[2] matan y provocan incendios como si nada, pero todos se postran y hacen reverencias cuando escuchan el nombre de Ji Shiyu^[3]. Al igual que esos bandidos salvajes, no creo absolutamente en nada, pero sé que hay una cosa que nunca debe traicionarse: la lealtad. Si eres mi amigo, mezquino y rechazado por todos, siempre estaré de tu lado.

Aquel día, mi más alto concepto de la amistad conmovió a Chen Qingyang. No sólo dijo que la aceptaba, sino que además añadió que estaba dispuesta a corresponderme con una amistad todavía más grande. Aunque fuera el hombre más despreciable de la Tierra, jamás me daría la espalda. Tras escucharla me quedé mucho más tranquilo y continué con la segunda parte de mi discurso. «Ya tengo veintiún años y aún no he estado con una chica. Es un asunto que no me deja dormir...», le solté. Se quedó petrificada. Como no reaccionaba, me acerqué y apoyé mi mano sobre uno de sus hombros para tranquilizarla. Estaba muy tensa. Temía que me diera una bofetada en cualquier momento, y si lo hubiera hecho habría demostrado no haber entendido nada. Pero no lo hizo; en su lugar, emitió un bufido desdeñoso y se echó a reír.

–Qué tonto, lo sueltas todo así, de buenas a primeras.

–¿Cómo que todo? ¿Qué quieres decir?

–Nada, olvídalo.

«¿Eso quiere decir que aceptas mi propuesta?», pregunté. «¡Bah!», contestó, y se puso toda roja. Como estaba un poco cohibida, decidí tomar la iniciativa y entrar en acción, pero respondió lanzándome varios manotazos. «Aquí no», dijo. Entonces salimos de la cabaña y nos dirigimos a la montaña.

Chen Qingyang dijo que desde el principio no había entendido en absoluto si la gran amistad de la que hablaba era auténtica o sólo un cuento para engañarla. Reconoció

que mis palabras habían actuado en ella como una especie de conjuro, y añadió que no se arrepentía de nada aunque al final terminara estropeándose todo. En realidad, mi amistad no era ni verdadera ni falsa, como todo lo demás. Si creías en ella, entonces era verdadera y podía seguir siéndolo mientras creyeras; y si dudabas y pensabas que era falsa, entonces lo era. De igual forma, mis palabras eran medio verdaderas y medio falsas, pero estaba dispuesto a cumplirlas y no pensaba echarme atrás aunque hubiera llegado el fin del mundo en aquel mismo instante. Justamente ese era el motivo por el que los demás nunca confiaban en mí. Consideraba la amistad como algo sagrado y para toda la vida, y sin embargo en aquel momento sólo tenía dos o tres amigos incluyéndola a ella. De camino a la montaña, Chen Qingyang dijo que tenía que volver a la brigada un momento y me pidió que la esperara al otro lado de la colina. Me está dando esquinazo, pensé, pero no dije nada y me dirigí al lugar acordado. Entonces me puse a fumar y al rato vino como había prometido.

En Yunnan todos se pasaban gran parte del tiempo ses-teando y parecían siempre medio dormidos. Cuando fui a que me pinchara, Chen Qingyang dormía apoyada sobre su escritorio. La enfermería era una cabaña de adobe con el techo de paja en la que la luz entraba principalmente a través de la puerta. Al entrar, la habitación se oscureció ligeramente despertándola. Inmediatamente levantó la cabeza y me preguntó qué quería. Tras explicarle lo que me pasaba, me indicó que me recostara sobre la tabla de bambú que hacía las veces de camilla. No podía doblar la espalda ni siquiera un poco, por lo que al dejarme caer todo lo largo que era casi se viene abajo. Si no hubiera sido por aquel dolor insoportable, jamás habría ido a verla.

Chen Qingyang dijo que de pequeño había pasado hambre y que tenía las ojeras muy marcadas; también que era muy alto, que mi ropa estaba para tirar y que no me gustaba hablar. Después de pincharme me había marchado

directamente, y ya no recordaba si le había dado las gracias o no. Sin embargo, no había pasado ni medio minuto cuando se le ocurrió que yo podía demostrar que no era una golfa. Salió corriendo a buscarme y alcanzó a verme bajando por el camino que conducía a la brigada catorce esquivando a toda prisa los obstáculos que encontraba a mi paso. Durante la estación seca por la mañana soplabla el viento desde la parte baja de la montaña, por lo que aunque hubiera gritado no la habría oído; además, nunca vuelvo la cabeza al andar. Así fue como me marché de su enfermería aquel día.

Iba a seguirme, pero enseguida se dio cuenta de que ya no podía alcanzarme. Además, tampoco estaba segura de que yo pudiera demostrar que no era una golfa, así que dio media vuelta y volvió a la enfermería. Sin embargo, al rato cambió de opinión y decidió bajar a verme porque, pensó, todos los que decían que era una golfa eran sus enemigos y no quería convertirme en uno de ellos a las primeras de cambio.

Mientras la esperaba al otro lado de la colina estuve fumando. Brillaba la luna, el aire estaba muy limpio y a lo lejos se escuchaban perros ladrando. Aunque era de noche, se podía divisar el paisaje a gran distancia y pude verla perfectamente cuando salió de la brigada quince. De día habría sido imposible, pero por la noche era distinto. Quizás porque a esas horas no había ni un alma en la montaña.

En realidad, tampoco podía asegurar que no hubiera nadie: un manto plateado lo cubría todo. Si en ese momento hubiese aparecido alguien caminando por la montaña con una antorcha en la mano, seguramente era porque quería que todo el mundo lo supiera; sin antorcha era como ir de camuflaje y sólo podía verte quien sabía que estabas ahí. Chen Qingyang se fue acercando lentamente y el corazón empezó a latirme con fuerza. Aunque nadie me lo había enseñado, sabía que antes de hacerlo tenía que ser cariñoso.